

HACIA UNA LECTUROLOGÍA LIMINARES PARA UNA TEORÍA DE LA LECTURA

Nicolás Rosa

Se ha dicho, y se sigue diciendo, que en las prácticas sociales significativas llamadas estudios literarios, teoría literaria, crítica literaria, análisis y/o metodologías subsecuentes —y somos conscientes de la heterogeneidad epistémica de la serie que acabamos de ordenar— ha sonado la hora del lector. Dicho en otros términos más específicos, es por todos sabido que las propuestas de análisis de los textos literarios, tanto tradicionales (las filologías y las formas de la estilística (estética, lingüística, estructural) como las actuales (la escritura como producción, el análisis genético de los pre-textos, la búsqueda de matrices de producción textual, etcétera) parten de un presupuesto básico: privilegian al autor, al emisor, al narrador, al sujeto productor del **texto**, al enunciante, al locutor, en todas sus variantes metodológicas e ideológicas. En una segunda instancia, aunque paralela en su formación histórica, el fenómeno de la lectura ha sido analizado desde la perspectiva de la sociología de la cultura/sociología de la literatura, atendiendo prevalentemente a los análisis sociales y económicos de la producción, emisión y circulación de la así llamada **obra literaria**, desde la sociología estadística (tipo Escarpit) hasta las formulaciones más refinadas de una sociología marxista. Esta última vertiente se sustenta en una investigación de los procesos de producción económica en un sistema de producción determinado históricamente para describir, ya sea por analogía, homología o isomorfismo, la instancia de la obra como reflejo ideológico de la conciencia del **autor** o como producto determinado, en última instancia, en la superestructura cultural por la ideología dominante. Dejamos de lado el serio problema de la caracterización del concepto de ideología y de las relaciones entre ésta y la obra literaria, pero queremos señalar que esta posición, si bien aporta elementos pertinentes para el análisis de la lectura, socialmente determinada, no alcanza —no es suficiente en su estado actual— para producir hipótesis consis-

tes en la formulación de un modelo de lectura entendido, según nuestra opinión, como **ideogramas textuales** determinados por el **imaginario colectivo** (colectivizado) producido como condensado ideológico en una situación histórica dada.

1. En una primera aproximación, podemos adelantar que nuestro interés es proponer de entrada una separación entre el campo de la recepción de la obra literaria (Jauss, Vodicka) y el fenómeno de la escritura-lectura según la propuesta que subyace, con distinciones sustanciales, en otros teóricos actuales (R. Barthes, J. Kristeva, Ph. Sollers, J. Derrida, etcétera). Esta división fundante repartiría los campos específicos de un estudio e investigación de la recepción artística. La así llamada **estética de la recepción** intenta fundamentar históricamente la construcción de una categoría de análisis como la de **lectura-recepción** que sería la base de la investigación histórico-literaria. El apoyo buscado en la tradicional crítica de fuentes ya criticado por los formalistas rusos (Cf. Schlovski, **El arte como procedimiento**) se realiza distinguiendo entre la apreciación personal (la disposición psíquica momentánea del lector: valoración subjetiva) y la norma literaria de la época. La intención de este tipo de análisis es lograr una **restitución de la norma estética** (norma literaria) en el desarrollo histórico (Cf. **La norme esthétique**, J. Mukharovski, Praga, 1966). Este intento, válido sin lugar a dudas, no deja de suscitar varios inconvenientes de orden teórico y metodológico. Algunos de ellos no son otros que los que se planteaban ya a todo intento sociológico o estilístico de valorar (no evaluar) la obra. Las nociones de valor y de **norma** siempre han sido incómodas y no han podido ser resueltas rigurosamente ni en la estilística estructural (M. Riffaterre, **Essais de stylistique structurale**) ni en la línea sociológica. Los formalistas rusos, y quizá sobre todo M. Bajtine (**Philosophie du langage et marxisme, Poétique de Dostoievsky**), permitirían una revisión de estas nociones posibilitando una reubicación de las mismas o su destierro definitivo del campo de la crítica literaria. Sin entrar en mayores consideraciones sobre esta problemática queremos ubicarnos frente a este conjunto de interrogantes.

1) El campo de la **lectura**, como lo entendemos, no se superpone ni congrúe necesariamente con el campo de la llamada **recepción**.

2) La operación llamada **lectura**, superando sus formas empíricas, no es más que un acontecimiento sincrónico a la operación llamada **escritura**, según la propuesta formulada por J. Kristeva (**Para una semiología de los paragramas**), R. Barthes en casi toda su obra (Cf. **S/Z**), y, sobre todo, según lo propone la práctica escrituraria contemporánea, que, en sus líneas generales, revela un **estadio narcisista** (especular) (según lo hemos evaluado en

otra oportunidad) de la escritura fundado en la demostración de su propia producción-refleja, manifestando una constante revelación de los **linajes** y las **genealogías** literarias.¹ Aclaramos que esta postulación no determina agotar la significación del texto en su propio reflejo especular de la literatura (**hiperliteratura**); sólo descubre un funcionamiento específico de la escritura que señala como dominante, pero no como excluyente. Las sustancias literarias consideradas **menores**, populares, marginales, sublitterarias, géneros menores, en un aberrante racismo literario, podrán ser reubicadas en esta perspectiva (fuera de los **sistemas literarios axiológicos**) como altamente relevantes de estas formaciones (Cf. el **topos** del linaje [y del linaje literario] en el folletín, por ejemplo, o en la novela como autobiografía ficticia).²

3) Esta postura implica reconocer una **escansión fundante** entre literatura y escritura. Definamos provisionalmente la **literatura** como el nombre específico que una sociedad da a una producción específica. La escritura es el registro de la producción **lectura-escritura** en sus condensados ideológicos mayores, que se configuran como constelaciones ideológicas dentro del registro imaginario de una cultura y sus relaciones con el registro de lo simbólico en un momento determinado de su historia. De esta división deben derivarse algunos axiomas complementarios:

a) La **escritura** no posee el mismo registro que el de la **literatura**, aunque exista una estrecha interdependencia entre ambas, que podría ser pensada como la relación entre Valor/Forma.

b) La historia de la **escritura** no tiene exacta correspondencia con la de la **literatura** (Cf. R. Barthes, **El grado cero de la escritura**). La **escritura** no es ahistórica, pero puede formularse el principio de que los mecanismos de producción de lectura-escritura son transhistóricos, como los del Ics. o los de la ideología.

c) El estudio de la literatura se consagra a los **objetos** y **categorías** generados por un **metalenguaje** (el de la crítica, estudios literarios, etcétera): valor, sistema, obra, corpus, periodización, etcétera.

d) El análisis de la **escritura** entendida como el proceso de lectura-escritura no puede construir, a menos de entrar en una profunda contradicción, ni generar un **metalenguaje**: el entramado, la trama, de la lectura-escritura, posee un solo **objeto** reconocible en sus efectos que se llama **Texto** (Cf. R. Barthes, **Le Texte. De la théorie a la recherche**, Communications núm. 19, 1972, Seuil).

e) Por ende, la **lectura**, inseparable de la escritura, sólo puede encontrar sus límites (y por tanto su constitución) en la propia operación de textualización (la puesta en escena del **texto** — la puesta en escena de la **lectura**). Su

teoría, la teoría de la **lectura**, es inseparable de la textualización. Si bien no hay un **antes** y **después** cronológico de la **lectura** — la lectura posee valor de acontecimiento, es decir, de palabra — esto no es obstáculo, o es obstáculo para ciertas posiciones que genéricamente podemos llamar positivistas (el texto no es una positividad), para que la lectura pueda ser convocada por otro texto (no un meta-texto) como texto-efecto. Esto obliga a conjeturar que existe un **Sujeto-Efecto** del Texto antes que el sujeto-productor del texto.

2. La teoría del texto, una posible teoría del texto, se viene elaborando desde distintas perspectivas y en distintos espacios y tiempos, sólo por dar algunos nombres: la **Text-Linguistik** alemana, con predominio de la Pragmática Textual, la Teoría del Discurso, en todas sus variantes teóricas, la Narratología (en la tradición de Propp), los teóricos del *Tel Quel* en su momento, Roland Barthes, Julia Kristeva, Ph. Sollers, la Escuela de Tartu, la Retórica Contemporánea (en un **renacimiento** problemático de la antigua retórica: Genot, Genette, Todorov, etcétera), los desconstruccionistas, y más ampliamente, un recorte capital no sólo para los textualistas sino también para cualquier intento serio de análisis literario, el reconocimiento de la necesidad de **apoyaturas teóricas externas** a la lingüística y a la teoría literaria, como ser la Semiótica, la Antropología, la Lógica (o las varias lógicas actuales), el Psicoanálisis, en sus diversas configuraciones contemporáneas. Esta conexión de saberes conlleva graves problemas de orden epistemológico y teórico, problemas que no trataremos aquí, pero que sin lugar a dudas ponen en evidencia algunos hechos fundamentales:

a) El **objeto literario** y el **objeto-escritura** son radicalmente heterogéneos y los intentos de homogeneización de una presunta **Teoría Literaria** no han sido fecundos.

b) La disolución del objeto produce una “angustia científica” que genera **resistencias** muy fuertes ante una posible absorción del objeto por otros saberes, otras disciplinas, **resistencias** que, como tales, no tienen en cuenta que esos otros saberes, más allá de un predominio coyuntural, están sufriendo los mismos efectos de desconstrucción en el campo crítico del saber contemporáneo.

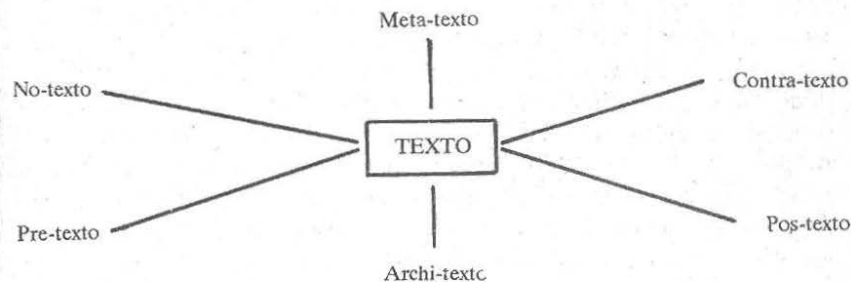
c) El objeto **literatura** y el objeto **escritura** deben ser reelaborados en una problemática fundante del sujeto humano: la ficción. El sujeto humano se define por esa actividad ficcional que lo constituye en oposición a la realidad.³

d) Una teoría del texto debería dar cuenta de esa **producción de ficciones**.

3. Si podemos decir ya que existe un campo impreciso en sus fronteras, pero suficientemente recortado como para ser reconocido como **campo de la letra**, es decir, de una **gramatología** (J. Derrida), tal vez sea llegado el momento de postular la creación de un nuevo campo, el de una **lecturología** inscrita en el marco de una teoría de la Textualidad.

En un nivel de generalidad mayor podríamos afirmar que los grandes corpus teóricos contemporáneos del marxismo y el freudismo presuponen o implican una teoría de la **lectura** y es así como han producido, en el campo que nos interesa, respuestas de mayor o menor consistencia teórica, como las lecturas hermenéuticas (interpretativas), lecturas sintomales (interpretativas-explicativas) y lecturas literales (de la letra, descifrativas-cifrativas, en el sentido lacaniano del término). Estas **generalidades** pueden ser aplicadas a diversas **prácticas de lectura** que se han realizado, presuponiendo que nunca se dan en pureza sino que coexisten en las distintas prácticas, históricamente determinadas.

4. Hacia una conjetura del espacio texto.



Este diagrama no tiene más pretensiones que la de actualizar la reflexión contemporánea sobre el objeto texto, sin entrar en consideraciones sobre sus valores específicos de una presunta rigurosidad científica. Las teorías actuales que valorizan el **pre-texto** (análisis genéticos) reponen en el campo de estudio un estigma filológico, el de la **causa** y el de la causa eficiente; ¿cuál es el material-causa-protocolo que origina y pre-forma el texto, que desde esta perspectiva sólo puede ser pensado como efecto de una causa, y quizás, aunque la teoría no lo explicita, como definitivo? Los estudios pretextuales se han originado en una sana reivindicación genética nacida frente al auge de ciertos estatismos sincronicistas del estructuralismo, pero no han podido — por lo menos en los trabajos que conocemos — satisfacer el estudio y la

valoración epistémica de la categoría que los funda: el concepto de **pre-texto** (*Le texte et l'avant-texte*, J. Belamin-Noël; *Essais de critique génétique*, L. Hay, R. Debray-Genette, H. Mitterand). ¿Cuál es la realidad y el rango de esta noción?, ¿sólo puede ser considerada a partir del texto realizado? La operación de retroacción significativa que lo funda no ha sido totalmente ponderada, pues podría pensarse que esta noción puede ser recuperada y absorbida en la noción de **intertextualidad** kristeviana. Lo mismo podría decirse del **metatexto** (y tal vez con mayor razón), ya se lo entienda como **referencia discursivizada** actualizada en el texto, o como fuente (género-forma), e incluso como **sistema modelizante secundario** (Lotman y la Escuela de Tartu piensan el texto literario como un Sistema Modelizante secundario en relación al primer sistema de la Lengua), como pre-forma del texto. El **pos-texto** integra aquellos fenómenos que hoy día han sido recuperados por la Estética de la Recepción, con base sociológica en Jauss y Vodicka, o con base informática en Max Bense (*Estética de la información*). Señalemos nuevamente que la **recepción** no recubre ni congrúe con la noción de Lectura que aquí empleamos. El **Architexto** corporiza la zona de estudios y propuestas que tienden a explicar la producción textual a partir de **estructuras lógico-semánticas** o de **lógicas matriciales** que, más allá de una perspectiva pragmática (Cf. Siegfried Schmidt, *Théorie et pratique d'une étude scientifique de la narrativité littéraire*; Van Dijk, Teun A., *Grammaires textuelles et structures narratives*), o de una perspectiva estrictamente semiótica como podría ser la de Greimas y sus discípulos (Coquet, Rastier, Latela), donde el punto de partida es la producción de la significación, acaba en J. Kristeva aliándose a la producción de significación en las formaciones del inconsciente según el modelo freudiano de las formaciones del sueño, el lapsus, el chiste (*Lógica del sueño*, Cf. *Semiotiké*, París, Seuil, 1969). Estas posturas se diferencian en relación al rango y nivel — y al estatuto epistémico — de los procesos de semiotización. Pero en nuestro diagrama aparecen dos nuevas categorías que no han sido hasta ahora categorizadas: el **No-texto**, entendido como la instancia de aquello no textualizable (inenarrable) en una zona determinada de la cultura en un momento histórico determinado. Si bien es cierto que esta categoría no remite sólo a la **letra**, sino que implica el nivel amplio de la cultura en sus registros simbólico e imaginario, podríamos decir que la **letra** (lo literario, por definición) es la zona privilegiada que marca, por su presencia absoluta, la **diferencia** con aquello que, como utopía literaria, se densifica en un momento determinado y en el espacio localizado. Zona imprecisa, lábil, que recubre nombres diversos, forma parte de los **imaginarios colectivos** que se adelantan o retroceden en la

línea de la diacronía. Llámese Dios en la teología medieval, sexo en la literatura cortesana, o relación sexual en la propuesta lacaniana, siempre hay un **no-textualizado** (no textualizable fantasmático) que define el objeto textual como horizonte de negatividad necesario para que se manifieste su positividad. Este no-textualizado entra en relación en el horizonte de lo **escribible** (Barthes. *S/Z*) y de lo **inescribible** de cada época y en su doble relación genera la zona de lo **legible/ilegible**. Aquello que no puede ser escrito manifiesta simultáneamente aquello que puede ser leído. Las zonas de silencio que marcan una historia de la lectura no han sido recuperadas, pero pueden ser pensadas como proyectos utópicos de la arquitectura renacentista que no fueron realizados nunca resistidos por la imposibilidad de lo real. Es simplemente aquello que en otros teóricos se llama la u-topía literaria (Blanchot, Mallarmé).⁴

El **contra-texto** es producto de esa resistencia generada por lo Real, son textos que sólo pueden ser evaluados desde una postura negativa, como producciones poderosamente contestatarias que sólo se definen en relación de oposición al sistema textual imperante (**Parodia y Carnavalización**, Cf. Bajtine, *La poétique de Dostoievski, L'oeuvre de F. Rabelais et la culture populaire au Moyen Age et sous la Renaissance*). Estos **contra-textos** (no necesariamente vanguardistas ni experimentales, pero sí transgresivos) son extra-sistemáticos, no integran serie y son difícilmente cuantificables dentro de la historia de la literatura (discursos de “payada”, el combate verbal, el apóstrofe, la injuria, la calumnia, el chisme, el rumor, la anécdota, o textos como cartas de soldados, cartas de sirvientas, panfletos, las inscripciones en los muros [graffiti] o en los bancos o en los baños de las escuelas), son **contracomunicacionales** y puede postularse que poseen una vida efímera en la memoria textual. Integran un registro muy inconsistente del imaginario colectivo.

Creo que es Borges (y también Genette) quien recuerda el asombro de San Agustín frente a su maestro San Ambrosio leyendo en silencio. Este preciso y definido momento donde por primera vez se comienza a leer silenciosamente es quizás un momento inaugural del registro semiótico moderno. Si la lectura antigua se realizaba obligatoriamente en voz alta (la Voz legítimaba la lectura, era la Verdad del Texto), la voz excluida, silenciada de la lectura moderna nos lleva a un interrogante: ¿a dónde fue a parar la voz como pura exterioridad, como pura presencia (Cf. J. Derrida, *La Voix et le phénomène*) y como razón de verdad del texto? Podríamos conjeturar que esa voz no se ha perdido sino que **interiorizada** en el centro de la lectura-escritura reaparece como **visión** del texto, y por ende como función de escrito en el

mismo.⁵ La razón de Verdad del texto moderno se constituye a partir de la visión. Leemos sintagmáticamente, paradigmáticamente, o, siguiendo ambos órdenes, **barriendo** (en el sentido informático del término) el texto con una mirada. Presuponemos que esa **mirada** re-construye la lógica gramatical de la lengua, la lógica programática de la historia, la lógica causal de la narración (el discurso). Esta presunción se ve limitada por las detenciones en el relato, las digresiones en la lectura, el subir y bajar la cabeza, el movimiento de rotación de la misma que impone la linealidad (de la lengua, del relato), por la suspensión sintáctica, semántica, por el suspenso del relato y por el suspenso del deseo del lector. El lector se aburre, el lector se interesa, el lector discute, polemiza, el lector se rehúsa, el lector abandona. La mirada se detiene, se fija, se resiste, los ojos se cierran o van a posarse en otro objeto más seductor, por el momento. La mirada vuelve, retrocede a la página anterior y salta sobre las no leídas para empezar, por supuesto, por el final. El cine nos obliga a una lectura monocular. El libro como objeto-material-ideológico (el volumen) nos permite **libertad** (libertad limitada, puesta en suspenso, por las constricciones de la lengua y por las del relato o por las construcciones figuráticas del poema): esta libertad tiene, como toda libertad, condiciones históricas. La lectura de la Novela Realista (N.R.), pongamos por caso, se rige por las leyes de una serie determinística que rige la construcción del relato realista. Más allá de las actualizaciones o de las lenguas (todo texto es lacunario, por definición), el **verosímil** realista construye una serie de entidades (funciones, constantes, variables) que integran una suma (infinita), pero que **convergen** unitariamente en la totalidad finita del texto. La pretensión del verosímil realista es contar todo (Balzac) y por ende presupone una lectura de **todo** y que **todo** puede ser leído.

Podríamos notarlo así:

$$\sum \psi (S_1, S_2, S_3, S_4, S_n \dots)$$

donde es suma, es la función S (Sujeto de la lectura) y si **k** es la variable **k = 1**, el subconjunto de la lectura reúne las variables como finitas en el espacio de la lectura y como **infinitas** en el espacio imaginario (cada N.R. vale por otra N.R. y cada N.R. vale por el mundo).

$$\psi (Sk_1, Sk_2, Sk_3, Sk_4, Sk_n \dots) \sum (\text{suma})$$

La memoria de lectura opera como una sumatoria convergente.

El Texto Moderno (T.M.) suma una **serie probabilística** (divergente u oscilante, depende del grado de alternancia o discontinuidad) que obliga a una lectura **divergente** o **suspensa** (suspensión del sentido). La serie probabilística u aleatoria funciona no sobre una entidad (funciones y valores) sino sobre un grupo binomial (G.B.) excluyente que contiene simultáneamente un registro tabular (por lo menos dos) y un grado de incertidumbre sobre la verdad que ejecuta el texto (no finición estructural-obra abierta), exclusión del régimen V/F (verdad/falsedad) del texto e inclusión de nuevas variables que amplían el espacio textual (texto paragramático según Kristeva). Ruptura, en suma, del principio de identidad, impidiendo una sumatoria final. No hay un todo del texto, no hay por lo tanto una **lectura total**.

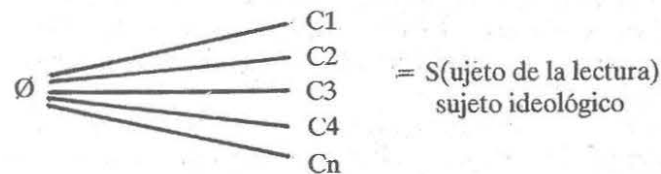
$$\sum \psi (S_1, S_2, S_3, S_4, S_n \dots)$$

y si **k** es variable divergente (dos variables excluyentes, pero simultáneamente presentes), tenemos

$$\psi (Sk^{x1}_{y2}, Sk^{x1}_{y3}, Sk^{x1}_{y4}, Sk^{x1}_{y5}, Sk^{x1}_{yn} \dots) \sum$$

siendo **x**, y las divergentes que forman el grupo binomial (G.B.)

4. Que el lector no sepa todo, que el lector no pueda cerrar la acción, que no pueda concluir el circuito de los significantes, que no pueda clausurar el texto, pues el texto no se clausura, es una manera de mostrar la imposibilidad textual de narrarlo todo. Por supuesto que el T.M., como forma genérica, es mucho más potente y muestra muchos otros elementos e inclusive permite la coexistencia de órdenes de lectura diferentes. Allí radica su riqueza y es allí donde se puede leer una problemática de la Cultura. En un sentido formal y extendiendo las categorías bajtinianas sobre **enunciados ideológicos** (discursos) en la novela, podríamos proponer un modelo general de la connotación:



Donde Ø = texto virtual – no significativo – potencial de lectura.

$C_1, C_n \dots$ = connotadores, por definición infinitos.

□ = jerarquía fluctuante de los connotadores.

S = sujeto de la lectura (producto de la lectura) que redistribuye (escribe) los connotadores de lectura (gramas lecturales en Kristeva).

5. Cada lectura es siempre una nueva organización de los connotadores teóricamente fluctuantes, un cierre ideológico del texto: una clausura del sentido, pero cada lectura se define dentro de la serie por sus efectos. Distinguimos, pues, **las lecturas** de la lectura como efecto que al redistribuir las categorías del texto lo genera, lo textualiza. El texto (fuera de la empiria) se extiende en el tiempo de la lectura. Las lecturas como **formaciones ideológicas** pueden ser consideradas como

lecturas monoculares

lecturas binoculares

lecturas plurioculares

que se orientan y orientan los textos según lógicas distintas (la lógica paragramática). Que la **lectura** que evocamos se funda sobre un imaginario, soportada sobre la **mirada**, nos lleva a preguntarnos por ese Sujeto producido por la encrucijada de ambas. Sujeto ideológico, sin duda, pero también sujeto del deseo (el de la pulsión escópica lacanianiana), que nos interroga no tanto sobre lo que se lee sino, sobre todo, sobre lo que se **quiere** leer. Pero esto es harina de otro costal, ¿o no?

NOTAS

1. Estamos trabajando en una propuesta apuntada hace algunos años: el Otro Textual. El régimen de lo textual como Otro Simbólico en la determinación de las articulaciones del texto y en la relación — altamente compleja de filiación textual como lectura de los ancestros — con los Otros Textos: genealogías, linajes, estirpes. La relación de los Ancestros Textuales con sus descendientes se da en una doble relación de determinación intratextual (Kristeva, Genette, etcétera), lo que el texto recuerda de otros textos: rememoración, y en la determinación de la no-relación, aquello que el texto **olvida**, la deslectura.

2. La serie de los textos autobiográficos ya planteada (San Agustín, Rousseau, etc.) y la serie autobiográfica ficticia responden a la misma operación de ficcionalización: la especularización de un yo potente y engrandecido que va desde el registro puramente narcisista y autoerótico hasta la apoteosis de

otra parte, de las confesiones hasta las **memorias**, pasando por el diario íntimo, lo que se juega es la escritura de una voz — de una **elocutio** — y la escritura de una oreja: una orto-fonía por una orto-grafía.

3. La ficción y lo ficcional son el registro de toda letra, la letra histórica, sociológica, antropológica, psicoanalítica. La letra es la hipótesis de **máxima ficción** del discurso de la cultura occidental y como tal opera como el **simulacro** de todo otro discurso. Lo ficcionante es aquel Imaginario que evacua lo Real y lo enfrenta; muestra simultáneamente la “indiferencia” de lo Simbólico por lo Real y el retorno de lo Real absolutizado.

4. Toda resolución textual posee un registro utópico, el texto del futuro, futurible, la literatura por-venir, lo inenarrable. Pero las lecturas que la escritura realiza de ese texto imposible son múltiples: señalemos por lo menos dos: o la escritura hace como que el texto utópico no existe y se pretende escrita en presente absoluto (aquí y con el mismo gesto se reniega (d)el futuro y se deniega el pasado: escribir sin ancestros ni descendientes (sueño fatuo de partogénesis), escribir lo inescrible, o la escritura finge que el texto futuro no existe como tal y lo carga a la cuenta del pasado: mi futuro es **un** pasado, dice, estirpe filicida que se aliena en el deseo de los padres textuales: la Copia absoluta, escribir lo ya definitivamente escrito.

5. Esta interiorización de la Voz en el discurso no debe ser leída según la hipótesis derridiana de la escritura fonético-alfabética como presencia interna al discurso logocéntrico occidental (**De la gramatología**). La conjetura lacanianiana de la Voz reaparecida como letra haciendo función de escrito en el discurso es la que aquí adoptamos.